

## REENCUENTRO DIALOGADO CON TOLEDO

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO  
Correspondiente

¡Cuántas veces, Toledo, me he jurado prudencia en el decir y mucho más en el obrar! Y tú lo sabes muy bien, y desde, ¡ay!, hace ya tanto tiempo... Y hasta ahora, en lo que a ti respecta lo he cumplido en el decir por escrito. Porque hablar de ti, incluso entrando en odiosas comparaciones que nunca faltan entre los capciosos, lo he hecho donde quiera que me hallara desde que te descubrí en la obra de don Félix Urabayen: en Varsovia, en Sevilla, en Nuremberg, en Avignon, en Lisboa, en Santander a cientos de estudiantes extranjeros.

Pero escribir de ti, Toledo, ni una línea, si se exceptúa un cuentecillo sobre «Antonio Pintado Morales», aquel toledano que todos los fines de semana acudía ataviado según los más rigurosos cánones regionales con su borriquilla, «Platera», a la Ermita del Valle para vender a los turistas objetos y cachivaches típicos de la ciudad. El bueno de Pintado tuvo a bien ahorcarse y sabrá Dios por qué, porque él, el pobrete...

¿A qué viene, pues, ahora violentar esa prudencia mantenida en alto? Más que preguntármelo, a ti te interrogo, Toledo. Sé responderme que desde Cáceres venía con frecuencia a encontrarme contigo, a recorrerte y pasar la mano por el lomo de tus piedras por temor a que el encanto medieval y renacentista de aquella ciudad me sedujera hasta el punto de olvidarte. Cuanto más absorbido me creía, más desazón me embargaba, y había de acudir a tus calles para tomar fuerzas con las que vencer una posible traición.

Después, la gran ciudad, que todo lo traga, que lo engulle todo con filosófica sonrisa.

Durante los seis últimos años he sido, muy gustosamente, robado por Lisboa, y llegué a amarla. Su decadente aspecto, su actitud

de señorona otoñal cuya experiencia le lleva a despreciar la hermosura y riqueza después de haberla poseído en grado extremo, sus precipitadas calles y «miradouros»; sus contrastes, los amables tranvías. Su luz. ¡Y el Tajo, anciano ejemplar en su eterna lección de bien morir!...

Pero he venido -he tenido que venir- numerosas veces a tu seno, Toledo, a recordarte y a recoger nuevos detalles, como el enamorado que remira la foto de su amada con disimulo y siempre descubre nuevos argumentos que amar; y he visto suave tu rostro, incluso, alegre en tu proceso de renovación; a veces, mostrabas el ceño severo y el semblante desdeñoso, mas siempre dispuesta al diálogo: bien para amonestar, bien para sorprender y siempre para sugerir. Sí, por momentos parecías ufana y tranquila, en paz contigo misma, diría, una vez que has hallado en el Norte el camino de tu expansión. Ahora, después de tres meses, superada ya la agónica «saudade» lisboeta, he recorrido con tranquilidad tus calles, tus recovecos, tus iglesias; me he deleitado con las torres y espadañas, con los cobertizos somnolientos, con los grandes muros trepados por monjiles celosías, con trozos de historias superpuestos, con tus callejones y pasadizos -verdaderos adarves emparedados por tapias morunos por los que aún palpitan momentos de agobio, momentos de urgencia. Con tu artística incomodidad. Con tus épicas y románticas leyendas y tradiciones, y ya sabe el docto la mucha autoridad que la tradición posee; con los nombres de tus calles, evocadores y sugerentes, nostálgicos, guerreros. Tu porte señorial motejado con residuos de barrios humildes evoca aún el contraste de tus gentes, acentuado antaño.

Me he detenido ante tus palacios, desaparecidos muchos, en cuyas entrañas arrulladas por el Tajo se fraguó «la pérdida lastimosa de estos reinos» para que entre ellos surgiera también «su empeño y defensa», siempre por amores regios: de Don Rodrigo y la Cava, de Don Favila y Doña Luz.

He visto con asombro, Toledo, que aún te dejas acicalar en in-

tentos de renovación y ensanche, como antaño hicieras con tantas razas y culturas, empeñadas todas en dejar sobre tu piedra lo máspreciado de sus joyas. Tú, mientras, altanera y soberana, sabiendo que nada ni nadie podrá alterar tu prosapia macerada por el cincel de los siglos, sonríes con disimulo y soberbia.

Me resulta extraño en verdad no hallar entre el paisanaje de Zocodover esos grupos de soldados matizando tu señorío con su estampa popular y sublevaban aquellas tardes de domingo la memoria hasta los días de concentración bélica para arribar al frente de los tercios. Tampoco veo curas de largas sotanas y coronilla reluciente haldeando por las callejas. Echo en falta a aquel clérigo de reducida estatura, preconciliar, que ya en verano, ya en cualquier época, cruzaba la calle Ancha, siempre solitario, abufandado con los ribetes de su capa mirando entre el postigo de su embozo apuñado y la teja de su sombrero ganando las miradas todas.

¿Y lo que dejan leer tus calles y tu propio nombre indica...!

¡Y tu peñascosa figura siempre en afanada ascensión mística...!

Así pues, Toledo, tú deberías responder de mi imprudencia, pues tu aguileña figura, los gloriosos paneles de tu historia, aún palpables en la frente de tus nobles edificios y en las grietas de tus barrios, y sus leyendas; tus patios, ya suntuosos, ya humildes y populares; tus amoriscadas callejas precipitadas hacia el Tajo en enjutos signos de admiración. El callado decir de tus ábsides y espadañas y el delicado tañido de las campanas. Tu luz cambiante. Tu recato y tantos dones cantados por escritores y poetas y pintores -empeñados todos desde siempre en descifrar tus secretos, en aprisionar tu secreto- siguen vivos como generoso brindis para el observador atento.

Por tus entrañas, Toledo, el alma está expuesta a miles de sobresaltos -¡qué bien lo sabes tú!-: ya sea ante la sombra de una esbelta torre mozárabe; sea escuchando el quejido agareno de una mezquita empotrada y ciega entre remozos cristianos; ya lo diga el sinuoso caminar de tus callejas hacia las sinagogas ateridas. ¡Y esa virtud

tuya, Toledo, de contar citas y sucesiones de razas y generaciones artísticas por siglos y aun por milenios!...

¡Y el color cambiante de tu faz con el sol y la lluvia que te hace miel! ¡Y el tañir femenino de tus campanas cuando todo atardece y calla! ¡Y el inútil cantar de tu eterno ceñidor!

Continúas siendo musco glorioso y aún vivo ideal para la ensoñación. Y por las noches, cuando el toledano duerme todas sus intenciones, lugar en el que cualquier mortal se puede declarar romántico sin vergüenza ni rubor. Por eso los ojos han de estar siempre abiertos al milagro y la leyenda, o a la leyenda del milagro.

Es cierto también, Toledo, que por el Alto de San Miguel, el ensanche de San Cipriano, por San Andrés y lugares ribereños aún se presiente el rumboso haldeco de la vieja Celestina y la salsa sabrosa de sus ahijados, entre los que no habrían de faltar clérigos mercedarios ni el sanote arcipreste de San Salvador, ni otros que, atardecidos, visitaban con frecuencia el socorrido «locus»... He visto, sin embargo, que la lluvia que tanto ha hecho -mucho más que cualquier programa de Higiene Municipal- por la limpieza de tus calles, ya no se hace tan necesaria para que dejes de ser aduar madrileño y resplandezcas como joya única y sola de incalculable valor.

No te extrañe, pues, que fascinado en el reencuentro se rompa la fortaleza de mi prudencia, ni que habiéndose tejido mi juventud entre las murallas de San Servando encuentre jirones de la misma por tus calles y plazuelas y los ignore como desconocidos o los acaricie desgarrado por la melancolía; y aun resquicios de niño desterrado por nueve meses a la fría soledad del Seminario por la Avenida de la Reconquista, los Campos de Don Gregorio y los olivares de Palomarcjos o entre las momias de San Andrés, y algún cromo amarillento de las primeras imágenes que me ofreciste aquel nebuloso verano de 1958 cuando vine a examinarme de ingreso de bachillerato.

Atraído, pues, por todo ello juntamente, me pierdo atento y

complacido por tus laberintos y encrucijadas para dar cuenta de tu romanza en páginas que llevan por nombre **Prosas líricas y profanas**, en las que no ha de faltar el dardo picante de la ironía, mas siempre exento de deseos hirientes.